

durante esta misma; P. Martín Aceña insiste en un tema ya muy debatido: el traslado al exterior del oro del Banco de España; M. Cabrera explica un escándalo de la posguerra: la CHADE y *Barcelona Traction*; A. Gómez Mendoza se refiere a la política intervencionista de los años cuarenta; C. Barciela expone los componentes ideológicos de la política de colonización; y S. Juliá analiza la influencia del catolicismo en el mundo intelectual del franquismo.

La tercera y última parte “Impulsos históricos de modernización económica” comprende seis escritos: L. Prados estudia las hipótesis de A. Smith sobre el crecimiento económico; R. Anés investiga el desarrollo de la banca asturiana durante los dos últimos siglos; P. Tedde escribe sobre los textos monetarios de V. Vázquez Queipo; D. S. Reher explica la evolución del mercado de trabajo español durante el siglo XX; F. Comín se refiere a la evolución de la Confederación Española de Cajas de Ahorro; y P. Schwartz desarrolla un escrito sobre la evolución del euro.

Se trata, por tanto, de un(os) libro(s) con un largo número de artículos de gran interés, obra de un prestigioso grupo de intelectuales que han querido rendir este homenaje a Luis A. Rojo. La labor de los editores, José Pérez, Carlos Sebastián y Pedro Tedde ha sido de gran valor aportando un cierto orden y unidad a estos escritos. De todas formas, es inevitable en este tipo de obras una cierta heterogeneidad.

Respecto al género de los escritos, estos corresponden, en gran parte, a la ciencia macroeconómica. Debemos subrayarlo, ya que en la actualidad,

parece que la teoría “macro” ha “pasado a la historia”; al menos, eso se opina en ciertos ámbitos. Repetimos el alto nivel de autores, formados por algunos de los docentes de la época inicial de Rojo, así como de otros mucho más recientes. Echamos en falta la firma de algunos de los economistas más prestigiosos de nuestro país, pero estas ausencias son comprensibles por diversas razones.

Para terminar, una opinión personal: el profesor Luis Angel Rojo ha sido para muchos de nosotros un maestro, que merece, sin duda, el homenaje de los economistas españoles, a través de esta obra o de cualquier otra iniciativa.

[Adolfo RODERO FRANGANILLO]

## FILOSOFÍA

---

GAUCHET, Marcel (2005), *El desencantamiento del mundo. Una historia política de la religión* (traducción del francés de MOLINA GONZÁLEZ, Esteban), Trotta – Universidad de Granada, 302 pp.

---

Nos encontramos ante una obra que acaba de cumplir 20 años desde su publicación en el original francés y que se edita ahora por primera vez en castellano. Se trata de un clásico en el género en el que Gauchet describe la evolución religiosa de nuestras sociedades desde el punto de vista político. El autor dirige el Centro de Investigaciones Políticas “Raymond Aron”, adscrito a la ÉHÉSS, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Desempeña también

el cargo de redactor jefe de la revista *Le Débat*, donde ha publicado numerosos artículos desde los años 80. Nació en 1946 en una familia, católica y modesta, del campo francés. Pronto se distanció intelectualmente del Partido Comunista al conocer el modo de actuar de los estalinistas. En su proyecto intelectual trata de descubrir qué relación existe entre la condición social del ser humano y su psiquismo, así como de establecer qué condiciones han hecho al ser humano consciente de su historicidad.

Los argumentos que despliega en este libro trazan un arco que comienza en las sociedades anteriores a cualquier forma de Estado, describe el cataclismo religioso que supone el surgimiento del Estado, la aparición del monoteísmo, la novedad de la Encarnación cristiana y la separación de los ámbitos religioso y secular, y concluye con el surgimiento de la democracia y de la forma actual de la política en el contexto preferentemente europeo. Este recorrido tan extenso, realizado en el marco de una obra no excesivamente voluminosa, ya indica que no pretende un análisis exhaustivo, sino más bien intuitivo de la evolución histórica de la religión en el occidente cristiano. Analiza la historia del cristianismo –en la que se centra casi de modo exclusivo– partiendo de la situación en la que actualmente se encuentra. Es decir, describe la historia de modo que queden en evidencia en ella los rasgos que hoy podemos apreciar, lo cual impone una selección de datos y potencialidades. Paso a continuación a presentar someramente los contenidos del libro. Incluiré entre paréntesis los números de página en los que pueden encontrarse.

En la introducción del libro mencio-

na la tesis doble sobre la que se apoya (9): 1) considera que la trayectoria viva de lo religioso en nuestro mundo está esencialmente acabada y 2) sostiene que el cristianismo es la religión de la salida de la religión. Si bien los fieles pueden sobrevivir, su poder configurador de lo social muere. Para Gauchet, todos los procesos que la historia ha interpretado como progresos religiosos, en realidad, vienen a ser momentos de declive (p.18). No habría sociedades tan religiosas como aquéllas en las que existe un pasado externo y fuente de lo real y un presente que debe ser copia de aquél, que lo hereda y no lo altera. Estas sociedades son todas ellas anteriores a la aparición del Estado. Creían en una anterioridad del mundo y de la ley de las cosas en oposición a la actividad creadora de los seres humanos.

Tras la introducción, la obra está dividida en dos partes: La metamorfosis de lo divino (29–142) y Apogeo y muerte de Dios (143–292). En la primera parte, el autor señala cómo la religión existe desde siempre y por doquier. Él percibe en el ser humano una fuerza de negación interna de difícil explicación que se expresó históricamente como dejación de la responsabilidad de influencia humana sobre el mundo. La creencia religiosa habría hecho operativa esta desposesión de los vivos de su propio fundamento. Si la conciencia humana es escisión de la naturaleza, la religión en su estado puro consiste en la decisión de mantener su fusión con ella (40). Habría un orden recibido que se sitúa sobre la voluntad de los individuos y que detiene cualquier conflictividad social. Existe un “afuera” como fuente y un “inmutable” como regla.

La primera revolución religiosa consistió en la aparición del Estado, con el que se debilita la rigidez de un pasado que informe todo el presente. Ahora la comunidad humana deberá imponer un orden, lo cual es una forma de creación. Lo religioso, configurado dentro de un sistema de dominación, será un modo de separar a unos seres humanos de otros: los que están de lado de los dioses de los que no lo están (52). Con la dominación imperial asomará la dimensión universal de lo religioso y, con ella, el monoteísmo. Aparece la división entre este mundo y el más allá y la posibilidad de interpretación de lo divino (62). Posteriormente la división religiosa pasará al interior de los seres humanos. Es una fractura en la propia alma. El ser humano se asoma al sentido religioso por medio de un viaje al interior, un movimiento que suscita por primera vez la posible disyuntiva de fidelidad a la ley de la ciudad o a la ley divina. Con ello hemos pasado del orden de la recepción, al de la comprensión, al de lo dado que debe ser reapropiado.

El Dios monoteísta, y su distancia del mundo, hizo que su acción se concibiera como racionalmente inteligible. Por este motivo, el desarrollo del absoluto divino impulsó el progreso de la razón humana y fue el motivo de su autonomía (84). La comunidad humana quedará abandonada a sí misma. “La grandeza de Dios engendró la libertad del hombre” (87). La separación y distanciamiento de lo divino posibilitó la racionalidad, la libertad y la transformación del mundo. La divinidad nos deja un mundo que comprender y transformar. El soberano pasará a ser lugarteniente de un dios ausente. Deberá actuar administrativa-

mente en la transferencia hacia abajo de la soberanía. El creyente, solo ante un Dios absolutamente trascendente, y el ciudadano, libre y solo ante un Estado soberano, son las dos figuras terminales del movimiento religioso occidental (98). La transformación que se produce a lo largo de los siglos hace pasar de la aceptación de la ley de las cosas y del destino al rechazo de este mundo en nombre del otro. Con ello, la deuda religiosa con lo creado se invirtió en deber de creación (109). El credo cristiano, que no es ni radicalmente escapista –como el budismo–, ni moral de perfecta sumisión –como el Islam–, generará un esfuerzo de conciliación continuo entre este mundo y el otro, con una interiorización de las contradicciones (112). El dogma de la encarnación implicará la plena consistencia de los dos órdenes de realidad, divino y humano, y el sinsentido de un escapismo radical. Revaloriza lo creado. La necesidad de interpretación del misterio de Dios exigió intérpretes cualificados y, así, la existencia de una Iglesia separada de los poderes temporales. Pero esa misma necesidad de interpretación abrió la vía para la libertad de la conciencia (121), y con ello, más tarde, a la impugnación de la Iglesia en su legitimidad como mediadora única. Surgirán la religión del Estado y el culto de la nación como seres sagrados nuevos a los que no dejaremos de consagrarnos. La perpetuidad nacional será entonces el nuevo suelo estable de la identidad colectiva. La revolución religiosa del cristianismo manifiesta y produce, confirma y constituye la completitud de un mundo dejado a los seres humanos (140). El autor no se cansa de repetir que este proceso no se desarrolla por necesidad, sino como

posibilidad interior de desarrollo que los acontecimientos históricos convirtieron en realidad.

En la segunda parte describe cómo ha existido un movimiento religioso que cuestionó lo religioso en su mismo principio y se detiene en alguno de sus momentos más relevantes. El punto de partida consistió en el nacimiento del monoteísmo israelita, de carácter exclusivo. Se caracteriza por una unidad y separación divinas contra el déspota y sus legitimaciones (154). El yahvismo muestra que cuanto más aplastado está Israel, su dios aparece más dueño de todo lo creado. La intervención profética permitirá una exterioridad crítica. La novedad de Jesús consiste en que su oferta de salvación universal presenta a un Dios que se entrega en el secreto de los corazones en una relación individual, personal y abierta de derecho a cualquier ser humano (168). Con S. Pablo llegará el Dios de la no pertenencia étnica y, en Calcedonia, aparecerá la disyunción completa de lo humano y lo divino (180).

Se presentarán dos sistemas de organización autónomos –civil y religioso–, sin capacidad de someterse el uno al otro. En la historia occidental chocarán así dos pretensiones hegemónicas. Tras cada oleada de autonomía eclesial se extiende la reivindicación de una religión más personal y libre de intromisiones clericales (197). Por otro lado, se produce la emergencia del pensamiento racional que es también una expresión de la transformación del universo mágico–místico (206). Con la creación del Estado–nación se pasa del imperativo de conquista a la exigencia de administración, que buscará la correspondencia de

la colectividad consigo misma. En esta forma política la autonomización de un sector de sacralidad profana alcanzó su expresión acabada (226). Hay una transfusión de sacralidad a lo político. En algún momento en torno a 1700 se detiene la historia propiamente cristiana. Finaliza el papel de la religión como estructuradora del espacio social, si bien una religión “superestructura” siempre podrá sobrevivir más allá de una religión “infraestructura”. A partir de entonces, es lo otro en nosotros mismos lo que se convertirá en nuestro organizador social. El mal dejará de ser imputable a la realidad y devendrá el fruto de elecciones individuales. La democracia permitirá abrir paso a una sociedad que es sujeto de ella misma (244). Tras la edad de las ideologías –en las que dominaron las creencias escatológicas–, surge el Estado democrático y burocrático, cuya función consiste en proporcionar poder a la colectividad para producirse a sí misma por completo. Es la instancia del futuro (255). Este Estado progresa a medida que renuncia a una visión prescriptiva de futuro. Éste es el “decapante crítico” mayor de las ideologías (260). Asegurando así una permanencia trascendente de lo colectivo, la cultura occidental ha podido convertirse en cultura del cambio. La continuidad de la tradición es sustituida por la estabilidad de la entidad colectiva. Con todo ello, la edad política de las religiones ha dado paso a su edad antropológica. Las posibilidades inéditas –pero que sólo la historia convirtió en necesarias– del cristianismo lo hicieron posible.

En conclusión, nos encontramos ante un texto con grandes intuiciones que proyecta sobre la historia una clave de

interpretación del factor religioso que no caerá en el olvido en las próximas décadas. La lectura, laboriosa y complicada, posiblemente imponga una asunción retardada de sus contenidos. Pero no cabe la duda de que el estudio de este volumen vale la pena para el lector preocupado por las causas del devenir de las creencias religiosas en la historia y de su destino futuro.

[Patxi ÁLVAREZ DE LOS MOZOS S. J.]

## PSICOLOGÍA

TRECHERA HERREROS, José Luis (2005), *Agujeros negros de la mente. Claves de salud psíquica*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 228 pp.

Nos guste o no, somos ciudadanos del siglo XXI, nuestros hábitos, costumbres, estilos de vida y los valores que rigen la conducta diaria están mediatizados por la época –y el lugar– que en suerte, o en desgracia, nos ha tocado vivir. En este sentido, algunos indicios pueden hacer pensar que la vida hoy día en los países desarrollados es más fácil que hace décadas, hasta el punto de identificar la época actual con la sociedad del ocio. Algunos indicios remacharían esta afirmación: reducción del tiempo dedicado al trabajo, lo que en teoría genera holguras importantes en el tiempo libre, aumento de la longevidad, universalización del sistema sanitario, mejora de la calidad de vida, oferta de ocio más amplia y abierta a un colectivo de personas más extenso, nuevas

fórmulas de entretenimiento vinculadas al desarrollo de las nuevas tecnologías, incremento significativo de la renta *per capita* lo que unido al mayor nivel educativo de la población se traduce en nuevos hábitos de ocupación del tiempo libre, aparición de nuevos valores como la ecología, la solidaridad, lo natural o la salud personal... que han modificado el modo de empleo del tiempo de ocio dedicándolo, por ejemplo, a colaborar con organizaciones no gubernamentales de toda índole, o reservando tiempo para el deporte o el cuidado del propio cuerpo.

A pesar de las evidencias expuestas, la realidad es bien distinta o, cuando menos, habría que introducir algunos matices, ya que en este marco de referencia aparecen contradicciones difíciles de entender, y que pueden sugerir que esta sociedad del ocio sea más teórica que real. Lo cierto es que la vida presente es posiblemente mucho más compleja, o quizás somos nosotros mismos los que nos empeñamos en complicarla más de lo que realmente es. Así, cada vez son más frecuentes los casos de adicción, de dependencia psíquica o física a determinadas sustancias como las drogas, el alcohol o incluso el trabajo (en Japón se ha acuñado un siniestro término –*karoshi*– para referirse a la muerte por agotamiento debido al exceso de trabajo, estimándose en unos diez mil fallecimientos al año por este motivo). Otras muestras de la complejidad actual las constituyen el deterioro de las relaciones sociales, el aumento de las enfermedades mentales o los frecuentes problemas familiares con los hijos o el cónyuge (a día de hoy, el número de divorcios que se producen al año ya ha